

Eva, mi nuevo YO

Hola, soy Eva y quiero compartir mi testimonio de vida.

En la actualidad, tengo 47 años y soy una persona completamente “normal”, lo pongo entre comillas, porque así es, soy normal con algunas peculiaridades.

Yo, nací el 20 de Abril del 1979 en un pueblo situado en el medio de Extremadura, Alcuéscar. Un pueblo pequeño de entorno a unos 3000 habitantes dónde crecí.

Mi familia estaba compuesta por mis padres y mi hermana pequeña Susana. Susana nació tres años más tardes, y dada el corto periodo de tiempo que nos llevamos, hemos sido durante toda la vida cómplices y las mejores amigas.

Crecí en el seno de una familia de clase media dónde mi padre trabajaba en los diferentes oficios que presta el campo, desde coger aceitunas, la saca de la corcha, la tala de árboles, etc. y mi madre se dedicaba a las labores del hogar y a nuestra crianza, en mayor medida.

Durante mi infancia, fui una niña risueña y soñadora. Me encantaba el deporte que practicábamos al aire libre por las calles de mi pueblo, en concreto el que más me gustaba era saltar a la comba y jugar al pilla pilla.

Tengo que reconocer, que el colegio me gustaba, pero había algunas asignaturas que se me daban mejor que otras, en general sacaba buenas notas, pero siempre había alguna lección, sobre todo de matemáticas, que se me resistía.

En mi pueblo, por aquel entonces, lo más cerca que habíamos estado de una piscina, era con la inmersión en las fuentes o charcones, que después de inviernos interminables de lluvia, se llenaban y nosotros, los niños y niñas, utilizábamos para refrescarnos en verano.

Un año, cuando yo tan solo tenía 6 años, hicieron una piscina en la mitad del pueblo y para mí fue la experiencia más bonita que aún, a pesar del paso de los años , todavía recuerdo, la primera vez que entré en la piscina. Aquella agua cristalina, tan grande y esa sensación de frescor al entrar en el agua, la recordaré siempre.

La primera vez que mi madre me acompañó a la piscina, tenía miedo de que me hundiera y no saliera a flote, pero, paradójicamente, es lo que he hecho durante toda mi vida y creedme que no se me ha dado nada mal.

Al entrar, cómo no sabía nadar, me hundía, mi madre me sostenía para que moviera brazos y piernas, y con mucha destreza, al cabo de dos o tres días, ya entraba yo sola en la piscina y conseguía quedarme nadando sin hundirme. Poco a poco, fui perfeccionando mi forma de nadar, bucear e incluso de introducirme en la piscina.

Desde este momento, con tan solo 6 añitos tuve claro que me gustaría seguir practicando este deporte. Además por aquella fecha, se estaba retransmitiendo en la televisión, los juegos mundiales de Londres, dónde yo esperaba con ansia, todas las tardes- noche poder ver cómo chicas y chicos se lanzaban a piscinas olímpicas y hacían

diferentes tipos de competencias, relevo, mariposa, crol, etc., ese, era el mejor momento del día.

Poco después mis padres, al ver el interés que tenía por este deporte y mis habilidades, hicieron un sobre esfuerzo, el cuál agradeceré toda mi vida, ellos pensaron en la posibilidad de poderme empezar a llevar algún día a la semana, a la ciudad deportiva de Cáceres, dónde poder continuar practicando este deporte.

Allí, poco a poco fui mejorando mis técnicas y con la ayuda de un monitor deportivo, fui practicando con tiempos y perfeccionando posturas. Todo esto llevó a empezar con competencias provinciales y posteriormente autonómicas, dónde mis resultados eran siempre positivos.

Además de volcarme con la natación, mis resultados académicos empezaron a mejorar.

Mi círculo de amistad fue aumentando seguía saliendo a jugar con mis amigos y amigas de toda la vida, pero además comencé a tener amigos de natación, con los que compartía afición.

Puedo decir que mi infancia fue cómo la de cualquier niño de mi edad, aunque me considero una persona con mucha suerte, por todo el esfuerzo que hicieron mis padre por querer potenciar mis capacidades.

Cuando cumplí los 10 años, todo empezó a truncarse un poco, empecé a notar que en mi pierna izquierda, y más concretamente en mi pie, tenía un pequeño hormigueo que fue aumentando progresivamente. Notaba cada vez mí pie más frio y comenzaba a ponerse mis dedos morados. Esto último hizo que me asustara un poco y fue entonces cuando lo comenté con mi madre.

Mi madre en el momento, no supo que responder, pesaba que este momento nunca llegaría, pero llegó. Al principio le quitó importancia y no quería asustarme, pero en seguida entendí que algo raro estaba pasando. Mis padres comenzaron a poner excusas para poder llevarme a la piscina, me preguntaban a cada momento que cómo estaba, me pedían con frecuencia que les enseñara el pie, y entre ellos les oía comentar y valorar, cuál era el estado de mi pie comparado con el día anterior.

Aunque siempre me había sentido protegida y cuidada por mis padres, ahora todo esto se intensificó de repente. Mi madre me comenzó a llevar al colegio, a evitar que saliera a jugar con mis amigos a la calle, especial cuidado de que no me hiciera daño y no me cayera. Toda esta sobreprotección, me asustó un poco.

Con todo esto, yo notaba que cada vez estaba más triste y no entendía el por qué, pasaba mucho tiempo leyendo en mi habitación, mientras que mi hermana Susana me acompañaba, porque así mi madre se lo imponía.

Una mañana, cuando estábamos de vacaciones de Navidad en el colegio, mientras desayunaba junto a mi madre, le pregunté: mamá, ¿Qué me pasa?, mi madre intentó cambiar mi conversación, pero yo insistí. Mi madre, con lágrimas en los ojos, se sentó a mi lado y empezó a contarme que durante mi embarazo, los médicos que en las diferentes pruebas que hacen para la evolución del embarazo, hay algunos valores que

salen alterados y con estos se preveía un posible desarrollo anómalo de las arterias de mi cuerpo.

Tras esta confesión de mi madre, sentí miedo e incertidumbre y mi mente pequeña solo hacía hacerse preguntas ¿Qué pasará? ¿Por qué no me habían contado esto antes? ¿Mi hermana está cómo yo?... y muchas más preguntas.

El tiempo fue pasando, cada vez me separé más de la natación y de mis amigos, en casa solo se hablaba de revisiones médicas, curas de mi herida en el pie y de mi evolución. Pronto los médicos tomaron la decisión de llevar a cabo una intervención para proceder a realizar una amputación del pie izquierdo, yo aún no sabía la trascendencia de aquella intervención.

Tras mi primera intervención, la evolución no fue buena y pronto propusieron una segunda intervención para la amputación completa del miembro.

El tiempo pasaba, lento, muy lento, pero los pronósticos no iban siendo del todo malos a pesar de mis dos amputaciones, entre operación y operación, curas y revisiones cuando me di cuenta tenía 22 años y a parte de mi lesión física visible, lo que más me dolía era la tristeza que me invadía por no poder haber con el ritmo normalizado de una niña- adolescente de mi edad.

Un día, todo cambió, me encontraba en mi casa con mi madre cómo casi todas las mañanas viendo la televisión, mis desplazamientos, ahora, los podía realizar gracias a una prótesis que me habían colocado y gracias a ella y a mis esfuerzos por adaptarme, había conseguido ponerme de pie y deambular de manera independiente.

Aquel día, sonó el timbre de mi casa y al abrir, cuál fue mi sorpresa, cuando vi a una mujer en silla de ruedas eléctrica, con amputación de las dos piernas.

No sabía qué hacía esa mujer aquí, no la conocía, ¿qué quería? Ella me pidió pasar, y mi madre la invitó a entrar.

Mi madre tenía preparado café y dulces, que ofreció a esta señora y nos pusimos junto a la mesa de camilla. Al parecer, mi madre sí la conocía y pronto se saludaron y entablaron una conversación, yo no entendía nada.

Esta mujer, comentó, que a pesar de su situación, practicaba natación y que pronto empezarían las competiciones autonómicas en su categoría. Todo esto hizo que me interés por la conversación, fuera aumentando.

Finalmente cuándo la mujer, Isabel, se marchó de mi casa, algo en mí había cambiado, me sentía ilusionada, motivada y con ganas de acercarme a Cáceres para saber qué hacía y cómo era la manera en la que ella hacía algo que a mí tanto me había gustado.

Otra vez, mis padres, hicieron un sobre esfuerzo por llevarme cada vez con más asiduidad a ver a Isabel nadar.

Poco a poco, ella me fue animando a entrar en la piscina, a intentar nadar y retomar algo que me encantaba y me llenaba de ilusión.

Ahora, mis objetivos no eran ir a competiciones, no era ser la mejor en este deporte, ahora mis pretensiones solo eran poder disfrutar haciendo aquello que más me gustaba y así lo hice.

Mi actitud cambió, recuperé mi vida, mi actividad social, mis relaciones personales, en definitiva el control sobre mi vida.

Por fin tomaba rumbo, cogía forma y mejoraba mi situación.